



Nosuë

*Vampire
Errante*

ATHALIA'S

Introducción

La vida de un vampiro no es tan sencilla.

Algunos creen que somos como exóticos reyes, sentados en nuestros inalcanzables tronos con harenes de humanos a nuestra sangrienta disposición. Estos vampiros casi divinos son sensuales, poderosos y a la vez escalofriantes.

Para otros somos bestias sedientas de sangre, animales que únicamente anhelan más caza, más sangre, más muerte y dolor. Estas criaturas son terribles, aterradoras, llenan de pesadillas los sueños de los niños y son el temor de los más crédulos.

Nos temen, nos odian, nos desean. Las pasiones humanas son muchas, y nosotros las despertamos todas.

Vivir entre vosotros es complicado. Si nos veis nos teméis, si no nos veis, deseáis vernos. No hay más que observar vuestra literatura, tan llena de mitos que pasan del mal encarnado a la más ansiada pasión. Ángeles, vampiros, demonios y fantasmas, todo lo que a veces teméis, a veces también lo amáis.

Yo soy también uno de esos iconos que despierta en vosotros sentimientos... contradictorios.

Soy vampiro. He visto el miedo en los ojos de mis víctimas, el pánico en quienes me han visto, el odio en quien me ha perseguido... pero también la admiración, el deseo y el profundo anhelo de quienes ven en nosotros algo más que los colmillos: longevidad, fuerza, agudos sentidos, increíble velocidad, la posibilidad de caminar por las paredes como si la gravedad no fuera nada.

Soy el vampiro que puebla los sueños: ostentosa mansión y un rebaño de humanos a mi disposición.

Pero también he sido, he tenido que ser, el vampiro de las pesadillas, el que se desliza en las sombras de las noches más oscuras y rastrea una presa, le da caza hasta hacerla caer bajo el yugo de mis colmillos. He sido el alma errante de un vampiro solitario, sin origen ni destino.

~ 2 ~

¿Cuánto hace ya de aquello? ¿Cuánto desde que dejé de cazar a mis presas, dejando que ellas vinieran a mí?

Fue después de perderlo todo, perder mi hogar, a mi familia, a mi sire... Cuando los cazadores vinieron y me lo arrebataron. Y nos llaman a nosotros bestias. No entienden, no quieren ver, que los vampiros también lloran, sienten, aman y sufren.

Quedé desamparado y solo... pero capaz de sobrevivir.

Lo hice. Como un nómada, como un vagabundo, como un animal viajé, cacé y sobreviví, viendo cómo pasaba el tiempo y las prósperas granjas se convertían en humeantes industrias. Evolución, decían los humanos, riqueza y poder.

Me pregunto dónde queda la belleza.

También me lo preguntaba entonces, antes de que todo cambiara otra vez, deslizándome por las calles menos transitadas, con la cabeza agachada y el largo cabello ensombreciendo mi rostro, mis rojos e inusuales ojos, buscando una nueva presa que me alimentara.

Y en aquellos callejones no era difícil de conseguir.

Capítulo I

La caza del errante

Era una ciudad en decadencia; al menos era lo que a mí me parecía. Las calles se llenaban de locales de alterne donde los hombres buscaban la compañía de féminas de dudosa reputación mientras bebían alcohol y, a menudo, tomaban estupefacientes que los dejaban moribundos en las esquinas.

Mientras recorría las calles, cabizbajo pero vigilante, veía muchos de esos hombres. Borrachos, drogados, oliendo a tabaco, sexo y alcohol más incluso que a sangre, más que parecerme presas fáciles me revolvían el estómago.

Y eso es raro, porque los vampiros no utilizamos el estómago.

No. Tal vez fueran fáciles de cazar, pero yo tenía dignidad. Podía ser un vampiro errante, pero aún tenía honor. Rebajarme a alimentarme de presas tan patéticas no haría si no humillarme.

Pasé de largo de los rincones en que esos despojos humanos languidecían, y seguí buscando una presa más adecuada.

No soy una criatura orgullosa, pero hay un espacio muy grande entre la arrogancia y el autodesprecio. No me autodesprecio, y por tanto no me conformaré con basura. No es que buscara un marqués o una reina, pero por todos los espíritus, tampoco quería sangre con sabor a licor fuerte.

No. Sólo quería...

«Ah... Ya te tengo».

Era joven, de poco más de veinte años, y parecía nerviosa. Se sacaba del bolsito un elegante reloj de bolsillo, con motivos de flores y hojas, y consultaba la hora cada dos minutos. Supuse que esperaba a alguien que llegaba tarde.

Vestía con sencillez, una falda larga por los tobillos, simple, pero en contraste llevaba una camisa blanca de seda con volantes y una gargantilla de la que pendía un

pequeño colgante en forma de corazón y que supuse se abría para mostrar un retrato.

Ah, la fotografía acababa de llegar a este mundo, y todo el mundo quería un retrato. La pintura se perdía. Era algo que me hacía sentir un vacío en el pecho, donde antaño latió un corazón.

Noté que la jovencita olía ligeramente a café. Hacía mucho tiempo que no tomaba de un humano de café; supongo que los toman más de mañana, y yo, naturalmente, cazaba de noche.

Oh, vosotros no lo sabéis, no os dais cuenta. Sabéis a lo que coméis, de un modo diferente y delicioso. Sabéis, dulces, amargos, un sabor único mezclado con el inevitable tono de la sangre metálica.

Sí. Aquella era una presa adecuada.

No había nadie en la calle. La pobre ingenua estaba sola, esperando a su amante, probablemente. Sola y a merced de cualquiera.

A mi merced.

Podría ser humano y sentir lástima por esa presa inocente. Podría ser el vampiro heroico que sólo se alimenta de criminales.

Pero ese no soy yo.

No soy un caballero de brillante armadura, mas no te equivoques. Tampoco soy la bestia desalmada que los cazavampiros quieren creer.

No le haría daño. Sabía muy bien cómo alimentarme sin hacer daño.

Control. Todo tiene que ver con el control.

Me deslicé junto a la pared, casi invisible, silencioso como una sombra. Ella no me vio, y no me intuyó hasta que fue tarde.

Estaba detrás de ella, notando su olor. Bastante apetitosa. Más que borrachos y drogadictos, en todo caso.

Me relamí de anticipación. Era un cazador a punto de conseguir a su presa.

Entonces ella lo supo. Se le erizó la piel y su corazón se disparó.

Le cubrí la boca con una mano y le golpeé la cabeza. Cayó en mi brazos, desmayada, manejable, fácil.

—Sssh... —siseé suavemente, tomándola en volandas y retrocediendo, silencioso, hasta las tinieblas de un callejón sin salida.

Me senté entre dos barriles enmohecidos, conteniendo una mueca de disgusto.

Así son las cosas para los vampiros como yo: sin un hogar, vagando sin rumbo, cumpliendo unas normas que ya no son para ellos.

Pero no renunciaría a mi educación, a mi esencia. Quizá tenía que cazar como un vulgar depredador callejero, pero no desataría al animal que hay en cada uno de nosotros. Yo no.

No otra vez.

No me vieron venir, pues me movía en un plano distinto. No me importaba estar allí. No me importaba convertirme en hostil. La ira había helado la sangre en mis venas, y si mi corazón hubiera latido, ya no lo haría de pura y gélida furia.

Mi mente estaba vacía de todo pensamiento, de toda misericordia. Sólo existía una cosa: vengar a mi sire, asesinada sin compasión por aquellas bestias que se hacían llamar «humanos».

Entre ellos emergí de nuevo, una sombra de helados ojos rojos y largos colmillos, una salvaje máscara de odio, de ira, de ardiente y pura rabia.

Dos cayeron por mis colmillos y garras antes de que los demás dispararan. Noté los agujonazos del oro, pero no sentí el dolor. Sangraba, pero no importaba.

Sangre. Sangre. Mi sire no había sangrado. Ella se había convertido en polvo y ceniza, polvo y ceniza.

Me volví hacia los demás. Iban a morir. Todos. Morirían todos.

Había un sonido vibrante cerca. Venía de mi garganta; estaba gruñendo como un animal. El gruñido del *nosferatu*, como un león henchido de ira...

O una pantera.

Chasquéé las mandíbulas y traté de concentrarme. La chica. Estaba caliente en mis brazos. Comida fresca y buena, para variar. Me centré en su olor, el olor de la

sangre: no sólo el tinte metalizado que los humanos huelen, también el café, un ligero tono afrutado... Muy exótico. Era una chica de bien: tenía unos padres que la alimentaban y la cuidaban.

Alguien que miraba por ella.

«No sabes lo afortunada que eres, niña», pensé. «Nunca lo sabéis hasta que es demasiado tarde».

Le quité el pequeño gorrito, y el largo cabello rubio cayó en cascada sobre sus hombros. Con cuidado le desabroché la gargantilla y la dejé en el suelo; después, desaté el cuello de su camisa para dejar a la vista su pálida garganta, que latía con su sereno y dormido pulso.

Ella nunca lo sabría. Despertaría con un fuerte dolor de cabeza y se asustaría al verse con la camisa ligeramente desabotonada, la gargantilla en el suelo y el cabello suelto, pero ninguna de sus fantasías podría acercarse siquiera a la verdad: había sido la víctima de un vampiro.

Me la acerqué, casi como si la estrechara entre mis brazos. La cabeza le caía lánguidamente hacia atrás, ofreciéndome su cuello.

Olisqueé su olor metálico mezclado con el aroma del café ya frío, y algo afrutado. Me arqueé sobre ella. Seguía respirando tranquila, inconsciente, completamente a mi merced.

Apoyé los labios en su piel. Noté que se estremecía, pero no despertó. No lo haría, no aún, no hasta que fuera tarde.

«No juegues con la comida, Nosuë», me recordé.

Desenfundé los agudos colmillos y los clavé. La sangre comenzó a manar, caliente y espesa, y bebí.

Horas antes de la salida del sol regresé a mi guarida: la buhardilla de un edificio abandonado en las pestilentes afueras de la ciudad. Estaba vacía, ¿pero qué importa? Yo era un vampiro. No tenía frío, ni calor, ni respiraba el aire enrarecido de aquel cuarto de techo acanalado.

Aunque añoraba un hogar, un lugar cómodo y propio en el que no fuera un intruso.

Aquel no era un hogar, era una guarida temporal, y cuando pasara un poco más de tiempo me iría y buscaría otra. Esto es lo que significa ser un vampiro nómada, un errante sin origen ni destino.

Me hice un ovilla en un rincón.

Los vampiros no duermen, y las pesadillas de los humanos no salen de día. Sólo podía quedarme allí encerrado... mientras el sol bañaba las calles.

Otra vez más, como llevaba tanto tiempo haciendo... Y como esperaba hacer durante siglos.

No era una perspectiva agradable.

==== Capítulo II ====

La existencia del errante

Tenía la ropa manchada.

Una fea mota de sangre seca manchaba el puño de la delgada camisola negra. Los humanos no tienen la vista lo suficientemente aguda para verla, pero yo sí. Y lo más importante, la olía.

Odiaba que mi ropa oliera a sangre.

Había nacido y crecido para ser de una determinada manera. Mi educación no contemplaba sangre en la ropa.

En mi familia, en mi hogar, nos adaptábamos. Teníamos unas necesidades y los humanos a nuestro cargo las satisfacían. Vivíamos en una mansión alejada, nuestra ropa siempre estaba limpia, nos dedicábamos a aquello que amábamos y cuidábamos de nuestro rebaño. Estábamos hechos así.

Yo nací entre esos humanos, y muy pronto fui educado para ser uno más entre los vampiros.

Tenía seis años y mi madre, con expresión preocupada, me tomó de la mano y me llevó a una de las más lujosas y ostentosas habitaciones de la mansión.

Había cortinajes, tapices y cojines por doquier, pero, por supuesto, ninguna ventana. Nunca en la mansión principal, sólo en nuestra casa, donde la luz del sol entraba del amanecer al anochecer.

También había tres vampiros; los reconocía por su color de piel. Nosotros teníamos la piel morena; ellos, completamente blanca.

Dos eran varones y permanecían de pie junto a la mujer, que yacía lánguidamente entre los almohadones. Ella me miraba con unos ojos rojos y brillantes como brasas encendidas, y sonreía.

~ 9 ~

—Acércate, muchacho —dijo en voz baja, apenas un susurro.

Miré a mi madre, que asintió, y tras soltar su mano me acerqué a la vampiresa que me llamaba.

De pronto alzó una mano para que me detuviera, y paré a unos pocos pasos de ella. Tenía el cabello rojo y unos labios plenos y sugerentes.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en ton dulce, amable.

—Hugin —respondí.

—¡Hugin! —Ella rió—. No te queda bien ese nombre, ¿sabes? ¿Por qué no lo cambiamos?

—¿Cambiarlo?

Miré a mi madre, sin comprender, pero ella no se movía, ni siquiera me miraba. Me volví hacia la vampiresa.

Me asusté al ver que estaba a escasos centímetros de mí, con los colmillos desenfundados y las pupilas dilatadas.

Uno de los varones la sujetaba del brazo con firmeza, pero ella sonreía como si no le importara estar siendo retenida.

—Nosuë —susurró—. Así vas a llamarte a partir de ahora. ¿Sabes lo que significa?

—No.

—Significa «beso».

Pero de eso hacía ya casi cuatrocientos años.

Cuatrocientos años desde que lo perdí todo.

Todo.

Ritz cojeaba.

—¡Vamos!

Tiré de ella, apremiante. Intentaba seguirme, pero lo veía en sus ojos: estaba demasiado débil. Las heridas de flechas no dejaban de sangrar. Sus puntas eran de oro,

y eran para mí, no para ella. Era a mí a quien habían apuntado.

Me había salvado.

—¡Ritz! —la llamé—. ¡Ritz, vamos!

Nuestro hogar estaba en llamas a nuestra espalda. Se oían los gritos: los cazavampiros no diferenciaban a los vampiros y a su rebaño. Todos éramos la misma escoria para ellos.

Los estaban masacrando.

Ritz cayó al suelo.

Con un gruñido muy humano, demasiado humano, con los ojos bañados en lágrimas rojas y respirando por pura inercia, me agaché para tomarla en brazos si hacía falta, pero me cogió del codo y me miró. Me detuvo.

—No —susurró—. No puedo.

—¿Ritz?

Sus manos me tomaron de los hombros y después del rostro. Noté que sus ojos también estaban bañados en lágrimas. Tragué saliva. Cerca, demasiado cerca, mi familia, hombres y vampiros, gritaban.

Los estaban matando.

—Ven, mi pequeño —susurró Ritz—. Ven, mi cachorro.

Me atrajo hacia sí, me abrazó, apoyó mis labios en su garganta.

—Muerde —murmuró.

—¿Qué...? No... No.

—Muerde.

Era una orden. Yo era su cachorro, ella mi sire. Mi voluntad estaba ligada a la suya.

No quería morder. No quería siquiera desenfundar mis colmillos, pero lo hice. Lo hice y la mordí, y un poco de su sangre cayó en mi lengua. Intenté apartarme, no quería tomarla, pero me sujetó, me obligó.

Me obligó a liberarme de aquel acogedor lazo que me ataba a ella desde el mismo momento en que infectó mi cuerpo con su ponzoña, transformándose en lo que

estaba destinado a ser.

Entonces me apartó y me miró a los ojos. Sólo pronunció una palabra, la última orden que me podía dar mientras su sangre me cambiaba para siempre.

—Corre.

Y corrí.

Y ahora vagaba por entre los humanos sin que reconocieran lo que tenían delante, ocultándome frente a sus propios ojos. Vivía en polvorientas buhardillas y mi ropa estaba manchada de sangre.

La pérdida de todo cuanto amaba, y ver lo bajo que había caído, poco más que un vagabundo, era doloroso. Todo lo que fui, todo lo que quise... Perdido.

El dolor se muestra en distintas formas. A los humanos se les encoge el corazón, lloran lágrimas de agonía.

El vampiro no. El vampiro gruñe. Un gruñido vibrante y brutal, como un león furioso.

—¡Cielos! ¿Has oído eso?

Alguien me había oído.

Traté de contenerme y di un paso atrás, mirando alrededor por entre los mechones de mi flequillo.

Estaba en una callejuela poco transitada, oscura y de un olor francamente molesto que me embotaba un poco la nariz. Podía oír los carruajes recorriendo la avenida cercana, los cascos de los caballos golpeando los adoquines, la gente que caminaba sin prisas por las aceras del barrio de los placeres.

Era un nombre muy acertado para ese conjunto de calles que se dedicaban a los vicios del ser humano.

Hacía un par de siglos los vicios eran los torneos y los festivales, lo recordaba. Nobles y no tan nobles se unían para festejar, para combatir, para dar rienda suelta al placer de la lucha honorable.

Ahora ya no. Ahora los vicios estaban en esos extraños estupefacientes que cada

vez tenían más fama, en las tabernas con el alcohol brotando sin cesar, y en la prostitución.

Vi aparecer por la esquina a una pareja. Retrocedí hasta apoyarme en la pared; las sombras me ocultaban, pero ellos seguían intentando encontrarme.

—Querido, vámonos... —pidió la mujer.

Su corazoncillo latía a toda prisa, frenético en su miedo, mientras que el latido del hombre era más sereno y más fuerte: estaba emocionado.

—Espera, espera —insistió él—. Estoy seguro de conocer ese sonido.

—¡Debe ser un animal muy grande!

Animal, cómo no. Es como nos ven, como a bestias salvajes. Pero era desagradable de oír, de pensar. Yo no era una bestia escapada del zoológico.

—Si estoy en lo cierto, amor mío, no es un animal —decía el hombre.

—Oh, ¿otra vez con...?

—Chist.

El hombre se soltó de la mujer y se adentró en el callejón. Sus pasos eran lentos y vacilantes.

—¿Holaaaaa? —llamó bien alto, escudriñando las sombras—. ¿Holaaaaaaaaaaaa?
¿Hay alguien ahí?

—Querido, por favor... —musitó su pareja, acurrucada en la esquina, aún en la luz de las nuevas farolas de la avenida.

—No queremos hacerte daño, sólo queremos verte. No somos cazadores.

Definitivamente aquel humano sabía muy bien lo que había oído, y no sólo no huía despavorido sino que venía en su busca.

Decir «no soy cazador» era lo mismo que decir «soy cazador así que huye antes de que te vea». Pero ese en concreto decía la verdad, por eso era tonto... de remate.

«He pasado dos años en esta ciudad», pensé con cierto desánimo y una indudable ironía. «Ya es hora para volver a los caminos y buscar una población nueva, ¿no?».

Odiaba ser un errante, pero asentarse es muy difícil para un vampiro. No envejecemos. No cambiamos. No caminamos bajo la luz del sol. Yo había sido humano

con una familia, había sido convertido en ella y había sido educado para seguir siendo sedentario y familiar.

Lo había perdido, y no sabía cómo recuperarlo yo solo.

Salir y dejar que me vieran significaba exponerse a la histeria. La histeria conducía a los rumores, y los rumores atraían a los cazadores de vampiros. Eso significaba marcharme.

Y los humanos son muy, muy... muy histéricos.

Pero de todos modos no tenía adónde ir, ni con quién. Nadie me esperaba en ninguna parte, estaba solo, así que... ¿qué más daba cambiar de ciudad otra vez?

De modo que salí de las sombras y me acerqué, cauteloso.

La mujer lanzó un leve grito de espanto, pero el hombre me miraba con los ojos muy brillantes.

—¿Es verdad? —preguntó con voz ansiosa—. ¿Eres un chup...?

—Cuidado —le advertí con voz gélida.

—¿... vampiro?

—Sí.

La reacción normal en humanos que no pertenecen a un rebaño es... gritar.

Aquel hombre gritó, pero de un modo nuevo: con una sonrisa en la boca.

—¡Sabía que existíais!

==== Capítulo III ====

Preguntas al errante

Ronald Littyan y su esposa Taneka fueron las primeras personas con las que hablé durante más de tres minutos en los últimos ochenta años. Era difícil hablar con humanos, en especial cuando no podías mirarlos a los ojos sin que se echaran a gritar. En aquel entonces no existían las lentillas, aún no.

Tampoco es que yo fuera particularmente hablador. De hecho, si lo recuerdo, aquellas primeras conversaciones fueron más bien molestas. Ronald me arrancaba las palabras con tenazas candentes y una curiosidad insaciable.

—¿Entonces cómo es? —preguntaba el hombre en aquel momento, mirándome con entusiasmo—. Convertirse en vampiro. He oído que duele.

Estaba sentado junto a la pequeña mesa, con él. Taneka permanecía apartada, preparando un té.

Oía su corazón: rápido, fuerte. Estaba asustada. Definitivamente no le gustaba la idea de que hubiera un vampiro en su cocina.

—Sí —respondí, reticente.

No entendía cómo había llegado a este punto, a meterme en casa de una pareja recién casada, acosado a preguntas de aquel extraño humano que quería saberlo todo sobre nosotros.

—¿Mucho? —insistió Ronald—. Los libros dicen...

—Los libros no dicen nada —repliqué con brusquedad—. Ninguno de ellos ha sido escrito por un vampiro.

Él alzó las cejas.

—Ya —asintió—. Pero los libros de vampirismo son todo lo que tengo para entenderos.

¿Por qué quería... entendernos? No lo comprendía. Era la primera vez que alguien

mostraba semejante interés por... nosotros. Nunca nadie me había mirado así, ni me había hablado así.

Yo crecí en un rebaño. Sabía todo lo que había que saber. Luego, convertido en vampiro, tampoco tenía preguntas ni las recibía.

Pero los ojos de Ronald brillaban con verdadero interés, mientras el corazón de su esposa parecía angustiado. Me pregunté si él lo sabía. Debería.

—Pero convertirse en vampiro, ¿realmente es tan doloroso? —insistió de nuevo.

—Sí —repliqué, cortante—. ¿Por qué? ¿Quieres convertirte?

Se oyó una exclamación, y algo se rompió. Una taza. Notaba el olor del té derramado... Y la sangre.

Por la más arraigada educación me saqué el pañuelo del bolsillo y se lo tendí a Taneka sin mirarla. Ella titubeó.

—G... Gracias —musitó, visiblemente incómoda.

Me lo cogió y salió de la cocina.

—Perdónala —pidió Ronald—. Está un poco nerviosa.

—Ya lo sé —respondí—. Quizá deberías escucharla.

—¿Por qué? —Él sonrió—. ¿Eres peligroso?

—Soy un vampiro.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Fruncí el ceño. Esa actitud tan serena me sorprendía.

Los humanos no eran serenos cuando se trataba de vampiros. El miedo estaba arraigado en ellos cuando nos veían, cuando pensaban que éramos reales. Aquella atracción... No era normal.

—No —dije al final—. No voy a tocaros a ti ni a tu esposa.

—¿Ves? No hay nada que temer. —Ronald sonrió—. Y respondiendo a tu pregunta, no, no quiero convertirte, pero me interesa mucho tu naturaleza, tu... sociedad.

—¿Sociedad?

—Hay ciudades de vampiros, ¿no?

—Yo no diría ciudades. Familias asentadas, en todo caso.

—Familias... Así que sois criaturas sociales.

—Podemos serlo.

—¿Qué os diferencia de los humanos?

Alcé una ceja.

—¿Aparte de lo obvio? —inquirí en voz baja.

—Sí, aparte de alimentaros de sangre. —Ronald rió alegremente—. Aunque hablando de eso, ¿cómo funciona? ¿Te sirve la sangre de animal?

—No.

—Vaya... Yo creía...

—Puede sustentarnos durante unos meses, pero no nos fortalece tanto como la sangre de humano, y morimos al final.

—Comprendo. —Ronald ladeó la cabeza, con la mirada perdida, como si tomara notas mentales sobre lo que decía, cada palabra—. ¿Y aparte de eso? ¿Qué te diferencia de mí?

Lentamente extendí mi mano y le indiqué mi muñeca con un gesto. Él alzó las cejas y me tomó el pulso.

—Oh —dijo—. No tienes.

—No. Mi sangre no corre por mis venas. Mi corazón no late. Mi existencia es el constante desgaste de la sangre que se usa para recomponer cualquier descompuesto de mi cuerpo, y se repone cuando me alimento.

—Como... Un proceso de alimentación simplificado, ¿no? —Parecía entusiasmado—. La sangre se gasta para curarte, y bebes sangre para reponer ese desgaste. Es fascinante. ¿Y qué más? ¿Respiras?

—No tengo necesidad, pero puedo hacerlo.

—¿Digestión?

—No. La sangre entra y rellena mis venas. Es inmediato.

—Por eso os regeneráis tan deprisa.

Fruncí un poco el ceño.

Bueno, los cazadores de vampiros sabían todo eso. Nos conocían... casi tan bien como nosotros mismos. No significaba nada explicar aquellas cosas, pero sí resultaba extraño que me las preguntara. Sospechoso, en cierto modo.

Tal vez era yo. Tal vez no sabía cómo confiar en un humano.

De pronto noté algo. Era un hilo al romperse por la tensión, un finísimo cristal al quebrarse. Era la sensación que todo vampiro tiene cuando rompe el alba y llega un nuevo día.

Gruñí por lo bajo, más allá de mi voluntad. Estaba encerrado en aquella casa llena de ventanas.

Ronald dio un respingo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Es por la mañana?

No le pregunté cómo sabía que mi incomodidad era por eso.

—Te he entretenido demasiado, ¿verdad? —Sonrió alegremente—. El tiempo vuela cuando uno está entusiasmado. Mira, tenemos un desván; no entra nada de luz, así que podrías quedarte allí durante el día, si quieres.

Lo miré, frunciendo ligeramente el ceño.

Me estaba invitando a su casa. Un humano me invitaba a quedarme en su casa, en su desván.

Una nueva guardia, al menos un tiempo. Un día, dos. No importaba.

—Gracias —murmuré.

Ronald rió en respuesta, como si mi educación le hiciera gracia. Humanos.

==== Capítulo IV ====

Miedo al errante

Una noche se convirtió en una semana, y esa semana en un mes. Ronald siempre tenía más preguntas. Me enseñó el estante donde tenía todos los libros de vampiros; me dijo que quería escribir uno, sacar a la luz la verdad sobre nosotros, la realidad, no el mito.

Quería que los humanos dejaran de temernos.

No compartía su entusiasmo ni su sueño. Vosotros nos teméis... Está en vuestra naturaleza, igual que en la nuestra está alimentarnos de sangre.

Pero no lo disuadí. Otro libro más diciendo más de lo mismo no haría daño.

La ronda de preguntas volvió a empezar cada noche cuando regresaba de su trabajo en el periódico. Se sentaba en su despacho conmigo y apuntaba todas mis respuestas, instándome a hablar, a explicar más.

Lo más perturbador no era el modo que tenía de buscar cada respuesta, tenazmente. Supongo que lo que más me alteraba era la manera que tenía de ofrecerse.

—Tienes que alimentarte como muy poco cada siete noches, ¿verdad? —preguntó en una ocasión.

—A las cinco el vampiro suele ser más bien un animal, pero sí, aproximadamente la séptima es la última oportunidad de alimentarse.

—Pero llevas tres aquí, y no has salido a alimentarte.

—Pensaba irme esta noche.

Me miró con las cejas alzadas.

—¿Por qué ir a cazar? —preguntó—. Toma.

Me alargó una mano. No, más bien... Su muñeca. Me ofrecía su sangre.

Retrocedí bruscamente, frunciendo el ceño. De pronto fui muy consciente de cómo olía: a tinta, a papel de periódico, a bollos.

Era cierto, llevaba tres días sin alimentarme. La sed me quemaba la garganta.

—¿Te estás ofreciendo? —musité por lo bajo, estrechando la mirada—. ¿Un humano? ¿Tú?

—Sí, creo que soy humano —rió Ronald—. Vamos. Deja que experimente lo que es donar mi sangre a un vampiro.

—No.

—¿Por qué no? Me has dicho que es para lo que fuiste educado.

—Ya no tengo un rebaño. Tú no eres mi rebaño.

—Pero Nosuë...

—No.

Di la vuelta y me marché.

No puedo explicar por qué me negaba a tomar de él.

Quizá porque si lo hacía perdería aquel refugio demasiado pronto; porque cuando clavara mis dientes en su piel la realidad no estaría a la altura de su alocada imaginación, y querría echarme de su casa.

Allí se estaba bien. El desván estaba lleno de trastos y un poco de polvo y telarañas, pero era cómodo. Había un amplio sillón y muchos juegos de mesa con los que entretenerme durante los días, mientras mis anfitriones trabajaban. Me confiaban su casa... Y también su seguridad, porque mientras yo bajaba al salón y miraba por la ventana ellos dormían.

Bueno, no siempre.

No Taneka, al menos.

Su nerviosismo era palpable. Su miedo, casi podía paladearlo. Lo olía mientras estaba en la casa, revolviéndose en su cama, sin poder dormir. Lo olía por encima de su aroma a harina, a pan recién horneado y a nata montada. Era pastelera.

Me iba, a veces. Tenía que alimentarme, tenía que cazar. Y cuando volvía, como aquella noche casi de amanecida, ella estaba despierta.

Estaba preparando un té, lo olí antes de entrar. Muy aguado, con mucho azúcar. Esperé fuera hasta que casi rompió el alba, pero ella no dejó la cocina, y tuve que entrar.

Cuando abrí la puerta Taneka dio un respingo y se levantó, tensa. Me miró con los ojos muy abiertos, y su expresión de espanto permaneció durante dos segundos, hasta que la mudó a una cortesía nerviosa.

—Ah, Nosuë, eres tú —saludó.

Asentí con la cabeza. Por costumbre me froté los labios, sólo por si tenía algún resto de sangre que pudiera asquearla. Nada. Pero aún la olía: dulzona, joven y fresca.

—¿Ha... ha... ido bien? —musitó, trabándose.

Taneka no quería saber si mi cacería había sido fructífera. En realidad no me quería allí... Y yo lo sabía.

No podía dormir conmigo en su casa.

—Me iré, Taneka —le aseguré—. Si es tan molesto tenerme aquí me iré. No estoy dispuesto a ser una carga.

Ella titubeó.

Sí, le molestaba. Sí, quería que me fuera, que desapareciera de sus vidas. Ella era una mujer sencilla; quería recuperar esa sencillez en la que las criaturas de pesadilla se quedaban en las pesadillas.

Por otro lado, yo era el sueño de su marido hecho realidad. Un vampiro, real, tangible, alguien a quien hacer todas sus preguntas.

Y ella lo amaba. Yo sabía que lo amaba. Lo olía, lo oía cuando compartían una de esas miradas íntimas y perfectas de pareja bien avenida.

—Quítate la camisa.

Parpadeé, frunciendo el ceño. Ella apenas me miraba medio segundo seguido, pero estaba bastante seguro de haberla oído bien. Oh, el oído mejora mucho con el vampirismo.

—¿Qué? —dije, no obstante.

—La camisa. Está manchada de s-sangre. La limpiaré.

Bajé la mirada y busqué la mancha. Sólo unas gotas, justo donde metía la pálida prenda por dentro de los pantalones.

Ronald me había dejado su ropa; olía a él, y eso me hacía sentir raro, pero no

quise rechazarlo. No estaba mal. Era más bajo que yo, y un poco más ancho, pero no era ropa robada, al menos. Era un préstamo. Puede que incluso un regalo.

Y lo había manchado.

Chasqué la lengua, pero intenté contener por todos los medios un incómodo gruñido que vibró en la base de mi garganta. No lo hice del todo bien, porque noté a Taneka temblar frente a mí y apartarse un paso.

—Lo siento —me disculpé con suavidad, y sin mirarla me desabotoné la camisa y me la quité.

—N... No, no pasa nada.

La cogió con cuidado de no tocarme. Tampoco me miró.

—C-creo que deberías vestir de negro —comentó con una risita nerviosa—. Así la s-sangre se vería... tanto.

—Ya. Lo tendré en cuenta.

Sonrió con torpeza, incómoda.

—Ah, ¿quieres un té mientras la l-limpio?

Los vampiros no podemos ingerir comida, ni bebida. Ni siquiera agua. No tenemos sistema digestivo funcional. Cualquier cosa aparte de, básicamente, fluidos humanos, nos hace comenzar a expulsar todo lo que contiene nuestro organismo. Toda la sangre.

Es una terrible forma de morir, casi tanto como quemarse al sol.

Como Ritz.

—No, gracias, Taneka —respondí—. Me iré al desván.

—Claro. Que duermas bien.

Tampoco dormimos.

—Gracias.

==== Capítulo V ====

La partida del errante

—¿Por cuánto tiempo va a quedarse?

Alcé la cabeza.

Taneka había abordado a Ronald en el piso inferior, mientras se preparaban para irse, muy temprano. No pude evitarlo: agudicé el oído, prestando atención.

No era la primera vez que le hacía esa pregunta, pero hasta entonces había sido casi cordial. Ahora se notaba su incomodidad a la legua.

—Pues no lo sé, el que necesite —respondió él, tonto como un ajo.

—¡El que necesite! ¡Es eterno!

—No es eterno. —Ronald rió con dulzura—. Sólo es muy longevo.

—Me da lo mismo, Ron. No puede quedarse aquí para siempre.

—Bueno, ¿y por qué no?

—¡Oh! ¡No es un perro callejero!

—Claro que no, es un vampiro.

—¡Exacto! Ronald Littyan, por favor...

—Vamos, Taneka, amor. ¿Qué te pasa? Nosuë es inofensivo.

—¡Inofensivo! Lo he visto volver a casa de sus... cacerías. ¿Y los rumores? ¿Desaparecidos, asesinatos?

—Tonterías. Nosuë me aseguró que a sus víctimas jamás les pasa nada.

—¡Pamplinas! ¡Te diría lo que fuera con tal de quedarse en nuestro desván!

—¡Taneka! No le habrás dicho eso.

—Claro que no, soy educada.

Lo oí suspirar pacientemente.

—Querida —dijo Ronald—. Nosuë es como tú y yo, como un ser humano.

—Sí, Ron, los asesinos y ladrones también son seres humanos.

Me estaba comparando con un asesino. Eso era bastante cruel incluso para una mujer asustada, porque no había vuelto a matar a nadie desde hacía siglos.

Sí, era un cazador. Sí, era un vampiro. Sí, era un errante.

Pero eso no implicaba matar. No implicaba hacer sufrir. No implicaba ser un monstruo.

Oh, bueno. Para vosotros, ¿qué diferencia hay entre un vampiro y un monstruo? Para Ronald había un mundo. Para Taneka, nada.

—Querida, no nos ha hecho daño —insistió el hombre—. Y habla más bajo, puede oírnos.

—¡Que nos oiga! Ronie, querido, estoy asustada...

—Vamos, amor mío, ¿por qué? Es una buena persona.

—¡Persona! ¡Tiene colmillos, Ronald! ¡Gruñe como el tigre del zoológico!

—¿Y qué? Yo también gruño cuando estamos en la cama.

—¡Oh! ¡Descarado!

Él rió despreocupadamente.

No se tomaba en serio a Taneka. Sus miedos, sus inseguridades. El temor de su esposa no tenía sentido para Ronald, que me había buscado y estudiado toda su vida.

Pero yo había visto muchas veces el terror que había en los ojos de esa mujer. Los humanos son así: nos miran como a los monstruos salidos de sus más horrosas pesadillas. No nos entienden... y la mayoría tampoco quieren.

Llevaba un total de treinta y siete noches en aquella casa, disfrutando de la comodidad del desván: lo había limpiado y reacondicionado, había ordenado los trastos y podía pasar largas horas vacías sentado en un cómodo sillón de estampado verde esmeralda.

Pero no podía durar. Lo había sabido desde el principio, pero la certeza llegaba más pronto de lo que había esperado.

Sabía que el libro de Ronald estaba a medias.

«Bueno», pensé con amargura. «Tendrá que acabarlo solo».

Al menos tenía una buena cantidad de respuestas con las que completarlo.

Por desgracia, para cuando tomé aquella resolución era de día, de modo que tenía que quedarme allí, a oscuras, a salvo del sol.

Pero lo haría. Me iría.

Dejaría en paz a aquella feliz pareja de recién casados y seguiría mi vida como errante... durante, probablemente, muchos siglos más.

Cuando el sol bajó Taneka regresó a casa de su trabajo en la pastelería. Tenía una mancha de masa seca en la mejilla, pero no parecía darse cuenta.

Me vio apoyado en el marco de la puerta que separaba el pequeño recibidor y el salón, y lanzó un grito de horror.

—¡Nosuë! —exclamó con voz ahogada—. Va-vaya, me has asustado.

—Sí, ya lo sé —respondí en voz baja—. Te asustas muy fácilmente si estoy cerca. Se ruborizó. Pensé que lo estaba imaginando, pero no, se ruborizó.

Sabía que conocía sus pensamientos hacia mí, y le avergonzaba.

—Yo... Bueno... —musitó.

—Soy un vampiro, Taneka.

La interrumpí y me enderecé, lenta, suavemente, sin hacer movimientos bruscos. Me sentía como si tratara con un cachorro fuera de control, o con un animalillo asustado.

—Sé que te incomoda tenerme aquí —dije—. Sé que no duermes y en el trabajo estás torpe y nerviosa, porque hay un vampiro en tu desván.

—Nosuë, yo...

En aquel momento la puerta volvió a abrirse, y Ronald entró.

—¡Ah, hola! —Sonrió alegremente, aunque cansado después de todo el día en el periódico escribiendo artículos, recortándolos, maquetándolos y escuchando las exigencias de su jefe, que por lo visto era un tirano—. Vaya, creo que nunca os había visto hablar a solas.

—Me alegro de que hayas llegado —saludé—. Voy a deciros algo a los dos.

—¿Puede ser mientras cenamos? Bueno, nosotros.

—Sé quién va a cenar, Ronald. Y no. Tiene que ser ahora.

—Vale.

Me miraba con franca curiosidad, con verdadero interés. Tenía una mancha de tinta en la nariz. ¿Por qué siempre llegaban manchados a casa?

—Me voy.

Ronald no lo entendió, porque lanzó una carcajada.

—¿Pero no tenías algo que decirnos? —preguntó, divertido—. ¿Ahora dices que te vas?

—Eso es lo que tengo que decir, Ronald. Que me voy.

—Bueno, te vas muchas noches.

—No me estás entendiendo. Me voy. Del todo. No voy a volver.

Taneka se cubrió la boca con una mano, conteniendo el aliento, pero su corazón latía apresurado. El de Ronald no.

—¿Qué...? —musitó—. No, espera, ¿por qué? ¡Taneka!

—¡No he dicho nada! —exclamó ella.

—No lo ha hecho —afirmé—. Simplemente creo que es hora de buscar otros horizontes.

—¿Otros horizontes? Tú necesitas estabilidad, Nosuë, me lo has dicho muchas veces, para eso fuiste criado.

—Aquí no voy a tener estabilidad, soy un poco bienvenido parásito.

Ronald le lanzó una mirada dura a su esposa. Lo lamenté por ella, porque no era culpa suya.

Simulé un suspiro, por inercia, viejas costumbres humanas, y me enderecé.

—Escuchad, yo...

De pronto las palabras murieron. Ambos me miraban, pero no dije nada.

Había oído algo.

—¿Esperáis visita? —susurré.

—¿Visita a estas horas? —Ronald alzó las cejas—. No, ¿por qué?

—Porque he oído pasos fuera... y se acercan.

Con un golpe la puerta se abrió.

~ 27 ~

Vampiro Errante
Bonus de: Lazos de Sangre
Por Athalia's
www.athalias.es

==== Capítulo VI ====

El ataque del errante

Eran tres.

Entraron con cuchillos y gritos y una moderna arma de fuego. El que la empuñaba disparó al techo.

—*¡TODO EL MUNDO AL SUELO! ¡AHORA!*

Takena chilló de espanto, y Ronald la empujó para que se acostara en el suelo, protegiéndola con su cuerpo.

Estaban temblando. Estaban asustados.

—¡Queremos las joyas y el dinero, y lo queremos ya! —gritó el hombre—. ¡Tú, paliducho, al suelo, maldición!

—¡Venga! —Otro de los asaltantes me apuntó con su navaja—. ¡Al suelo, hemos dicho!

Alcé lentamente una ceja.

Los filos de los humanos no me asustaban. Un vampiro no siente dolor de la misma manera ni en la misma medida. ¿Podían apuñalarme? Sí. ¿Matarme con eso? Difícilmente.

Claro que ellos no lo sabían.

—*¡QUE TE ECHES AL SUELO, MALDITO!*

El tercer hombre se agachó y agarró a Taneka del pelo, obligándola a arrodillarse para amenazarme con su vida si no obedecía. Ronald le gritó algo que no escuché.

La miré a los ojos un instante, sólo un instante.

Luego tomé al hombre del cuello y lo levanté del suelo. Rápido. Apenas visible. Inevitable.

Intentó chillar y me pateó, pero no lo solté. Lo mantuve levantado, asfixiándolo.

—Estás agrediendo a mis anfitriones —susurré—. Eso no está bien. ¿No tenéis

una pizca de decoro?

Estaba aterrorizado. Me había movido más rápido que su vista y lo estaba ahogando. Podría matarlo con un simple gesto, ni siquiera necesitaba mis colmillos.

De pronto se oyó un atronador retumbo, y noté una punzada en la espalda. Olí la pólvora.

—¡Nosuë! —gritó Ronald con horror.

Me acababan de disparar.

—¿Pero qué...? —musitó mi agresor.

Solté al enemigo, que con un jadeo cayó al suelo, intentando recuperar el aliento. Me volví lentamente.

La herida apenas dolía, y desde luego, no sangraba.

En realidad me molestaba más el hecho de que me hubiera estropeado la ropa.

—Eso no ha estado bien —comenté en voz baja.

El hombre sostenía la pistola, apuntando hacia mí, pero no con la suficiente fuerza. Temblaba como una hoja. El que casi había ahogado ni siquiera se levantó del suelo, y el otro permanecía inmóvil a un lado, incrédulo.

Pero qué humanos tan patéticos. Venían, pretendían robar e incluso asesinar, no les importaba hacer daño... Pero la idea de sufrir ellos mismos los dejaba paralizados.

Verdaderamente patético.

“Para morder tienes que estar preparado para ser mordido”, decía mi sire cuando vivía. Y tenía razón. Si quieres matar, robar, herir o cazar, tienes que estar dispuesto a sufrir las represalias. Es una ley natural.

Una ley que los humanos tienden a olvidar.

—Oh, mi dios... —susurré—. A veces no puedo soportaros.

—¿Q... qué...? —El hombre que me apuntaba temblaba.

—¿Ronald, Taneka? —Sabía que tenía su atención, así que no los miré—. Os recomiendo taparos los ojos.

Ronald se tiró sobre su esposa, y yo acabé con la pequeña molestia de los visitantes imprevistos.

Cuando susurré que ya podían mirar, Taneka lo hizo con pavor. Su mirada se quedó trabada en el cuerpo más cercano.

—¿Están...? —musitó con voz ahogada.

—No —negué—. Sólo los he dejado inconscientes.

«Aunque puede ser un problema», pensé con fastidio.

La pareja se levantó.

Me sorprendió mucho que Taneka sea cercara un paso vacilante.

—¿Es...? ¿Estás bien? —preguntó.

Parpadeé y la miré, alzando una ceja. Ronald estaba un poco por detrás, mirándome con ansiedad... La misma que había en los ojos de su esposa, noté. Como si les importara.

—Sí —asentí con calma—. Esto es algo que apenas puede hacerme daño.

—V... Vaya.

Creo que Taneka buscaba una broma para aligerar el tema, pero no encontró ninguna, así que se quedó callada y tensa.

—Me libraré de ellos —dije—. Los dejaré en alguna parte.

—Pero hablarán —terció Ronald—. Hablarán de ti.

—Si lo hacen es probable que nadie se los tome en serio. —Me encogí de hombros.

—Pero los rumores atraen a los cazadores de vampiros.

—No te preocupes, Ronald. Me encargaré de todo.

Me agaché para coger uno de los cuerpos y ponérmelo sobre el hombro. Era un hombre más robusto y pesado, pero yo era un vampiro, y por tanto mi fuerza era muy superior a lo que parecía.

—Vale. —Ronald suspiró, mirándome—. Confiamos en ti.

Noté que ponía la mano en el hombro de su esposa.

—Por si acaso, no le contéis a nadie que habéis sido asaltados —pedí—. Es más probable que os crean a vosotros que a ellos.

—No te preocupes, no diremos nada. Al fin y al cabo no hay nada que lamentar.

—Bien.

Me subí el otro hombre al otro hombro. Era más incómodo que pesado, llevarlos así. El tercero lo cogí como un saco por la cintura. Todos estaban vivos y bien: respiraban, el corazón les latía con normalidad... Aunque debería haberlos eliminado.

Debería, pero me parecía muy poco civilizado por mi parte.

—Ah... N... Nosuë... —musitó Taneka.

—No me des las gracias —le pedí con hastío.

—No... No iba a hacerlo.

Gruñí por lo bajo sin querer, y la miré de medio lado. Ella se relamió los labios; oía sus latidos, rápidos como los de un colibrí.

—Eh... —masculló—. Es... Ha-hasta el amanecer.

Me quedé inmóvil.

Acababa de despedirse como si fuera a volver.

—Vale —respondí.

Como no sabía qué más hacer, salí de allí, amparado en la noche, con los tres cuerpos a cuestas.

==== Capítulo VII ====

La despedida del errante

Los dejé inconscientes cerca de la casa del gendarme, donde serían encontrados armados y con un aspecto muy sospechoso, aparte de dormidos. Con un poco de suerte aquello sería lo bastante llamativo como para requerir una investigación.

Preguntarían a los Littyán, desde luego, pero si ellos negaban haber sufrido ningún altercado los ladrones serían considerados unos desequilibrados y nada más. Quizá incluso se les culparía de otros robos no frustrados por vampiros.

«Debería acabar con ellos», pensé mientras los veía yacer ahí, amontonados, inconscientes. «Eso evitaría muchos problemas».

Lo haría. Semejante purria no merecía gran cosa, al fin y al cabo. No soy muy tolerante con la criminalidad.

Bueno, si el criminal hubiera sido un vampiro seguro que me hubiera tomado la justicia por mi mano, con mayor o menor razón.

Antaño mi familia poseía un amplio territorio. Los humanos no lo sabían, desde luego, pero nosotros protegíamos una vasta cantidad de terreno y pueblos, de vampiros menos... amistosos.

Errantes. Vagabundos. Bestias. Criaturas lastimosas y arrogantes que mataban cuando podían elegir no hacerlo.

Aquellos eran nuestros criminales, entre otros. Y no los tolerábamos.

Yo ya no formaba parte de una familia. Era otro errante, nada más, y desde luego no tenía territorio.

Pero no toleraría un abuso de nuestra condición.

No tenía nada que proteger, pero combatiría a la bestia de mi gente si la encontraba.

No obstante, aquel no era el caso. En aquella ocasión eran los propios humanos

los que se atacaban entre sí... Como casi siempre. Y eran ellos mismos los que debían encargarse de sus crímenes.

Hay que admitir que no lo hacían demasiado bien.

Gruñí, sacudiendo la cabeza.

Daba igual. Aquel no era asunto mío. Me marchaba, así que incluso si aquellos tres criminales atraían la atención de los cazadores de vampiros no podrían hacerme daño. Iba a irme esa misma noche; para el amanecer ya habría encontrado una cueva en las montañas donde pasar las horas de sol.

Con esta idea en mente me lancé a las calles menos transitadas en dirección a las afueras, dispuesto a dejarlo todo.

Pero no pude.

No pude porque recordaba la despedida de Taneka: hasta el amanecer.

Como si quisiera que regresara con ellos.

Lo cual es absurdo, ¿verdad? Porque ella me temía, me odiaba, y por mucho que Ronald creyera necesitarme para acabar su libro no podía seguir allí, donde su esposa casi no podía dormir por mi presencia.

No obstante, ahora me despedía así, como si nos fuéramos a ver mañana de nuevo sin ningún problema. La noche anterior quería que me marchara.

Supongo que Taneka estaba agradecida por el modo en que los había protegido, pero no tenía tanta importancia para mí. Los asaltantes vinieron y amenazaron a mis anfitriones, ¿qué clase de huésped hubiera sido si me hubiera quedado quieto mientras les robaban todo lo que tenían? Uno muy indigno, seguro.

Me detuve cuando veía ya el camino que me sacaría de la ciudad. Se perdía entre las colinas; cerca había un pequeño bosque en el que podría ocultarme cuando amaneciera, o más allá, si quería arriesgarme, probablemente habría algún granero.

Irme no debería ser tan difícil como estaba siendo. Sólo un paso tras otro. Eso era lo que significaba vagar por la tierra de los hombres como una pesadilla errante.

Quedarme debería ser más complicado. Quedarme, convivir con algunos de estos humanos hasta que fuera demasiado obvio que yo no envejecía.

<No puedo quedarme con ellos.> Me dije con amargura.

Por mucho que Ronald se sintiera atraído por mi mundo, no pertenecían a él. No podían.

Pero debía admitir que aquella despedida había sido muy agradable. Amable. Familiar. Como si yo sí perteneciera a algún lugar. Al suyo, mejor dicho.

Tomé una bocanada del frío aire de la noche y lo expulsé.

—Voy a arrepentirme de esto —comenté en voz baja.

Eso pensaba, pero de todos modos di media vuelta y deshice mis pasos, regresando a casa de los Littyán.

«Sólo un día más», me dije. «Un único día».

Cuando llegué era de madrugada, y Taneka estaba levantada; lo sé porque la oí, la oí, pero por primera vez su corazón no pareció asustado cuando abrí la puerta.

Salió de la cocina y se reunió conmigo.

Y sonrió. Muy ampliamente, he de decir.

—Bienvenido —saludó.

Capítulo VIII

Las pasiones del errante

El cambio fue más que notable. De la asustada cordialidad de Taneka pasamos a la más absoluta amabilidad.

Ya no había miedo cuando me veía, ni siquiera nerviosismo. En realidad parecía contenta. Incluso Ronald estaba más feliz ahora que su esposa no parecía incómoda por mi presencia, y nuestras charlas se volvían más alegres y coloquiales, para mi sorpresa.

Me sentía bastante abrumado.

Y no sólo por los “hasta la vuelta” y los “bienvenido a casa”, desde luego. Lo que probablemente más me abrumaba era el modo en que Taneka se interesaba por mí cuando salía del desván para ir de caza.

—¿Y cómo es ser como tú? —preguntó tres noches después de haber decidido quedarme «un día más»—. No me refiero a... a las cuestiones técnicas. ¿Cómo te sientes? Emocionalmente, quiero decir, ¿cómo es ser vampiro?

Ronald estaba interesado precisamente en los aspectos técnicos del vampirismo. Cómo funciona nuestro organismo, cómo vivimos nuestra vida.

Taneka, en cambio, era mucho más emotiva.

—Diferente —respondí al final.

—¿Cómo de diferente? —Mientras hablaba estaba preparando un pastel de cerezas de olor delicioso.

—Diferente. No estamos sujetos a las mismas normas que vosotros.

—Nosuë, no te estoy preguntando por las normas.

Se volvió y me tocó el pecho con la punta de la cuchara de madera, manchándome de masa de bizcocho.

—Te estoy preguntando cómo lo sientes tú.

Me dio un trapo para que me limpiara y volvió a su pastel.

—Ser un vampiro familiar significa que las cosas no cambian demasiado — expliqué tras unos segundos—. Cuando me convertí seguí viendo a mis padres y mis hermanos, aunque no era muy cercano. Había sido educado para ser vampiro. Vi nacer y crecer a mis sobrinos y nietos.

—Eso debe ser duro.

—No lo sé. Era como tenía que ser. El rebaño tiene antepasados indirectos en los vampiros a los que sirven, y esos vampiros tienen descendientes en los humanos que cuidan. Es tan... natural. Sé que es difícil de entender.

—Puede ser. No imagino... No lo sé. Quedarme como estoy para siempre.

—No es para siempre. Los vampiros morimos de viejos.

—Pero no envejecéis.

—Físicamente no, pero eso no significa que a la larga el cuerpo deje de sustentarnos y se convierta en polvo.

—Pero tardáis.

—Sí. Cientos, a veces incluso miles de años.

—Debe ser triste pasar ese tiempo solo.

Noté un gruñido que me vibraba en la garganta. Lo paré en seguida, pero temí que Taneka lo hubiera oído.

Y lo había hecho, porque me miraba, pero no con temor, sino con compasión.

—Sí —murmuré—. Es un poco triste. Pero las circunstancias son las que son, y hay que vivir con ellas.

—Fueron los cazadores de vampiros, ¿verdad? Los que te dejaron solo.

—Sí.

—¿Por qué os cazan a vosotros, los que cumplís vuestras leyes y no matáis a los humanos?

—Por el mismo motivo que tú me temes.

Noté que se tensaba y el latido de su corazón se volvía errático. Se ruborizó de una forma... deliciosa, diría. Daban ganas de dar un bocadito a esa mejilla arrebolada.

—Yo no te temo, Nosuë —replicó—. Ya no, al menos. Lo hacía, es verdad, no lo

puedo negar, pero...

—Pero crees que os salvé a ti y a tu marido, y que merezco por tanto tu respeto.

—No. Creo que luchaste por nosotros como un amigo, no como un monstruo, y te admiro por ello.

Le devolví la mirada, un poco incómodo por su franqueza. No, no por su franqueza... Por el sentimiento que había en sus palabras.

Porque lo estaba diciendo de corazón.

Taneka sonrió.

—¡Bueno! Y aparte de beber sangre, vampiro, ¿qué te gusta hacer? —preguntó alegremente, volviendo a su pastel.

—¿Gustar?

—Algunos gustos tendrás, supongo.

Me quedé callado, pensando en ello. Gustos... Ya no los recordaba. Eso debió llamarle la atención, porque volvió a mirarme como si le preocupara mi silencio.

—¿Nosuë? —llamó.

—Lo siento. Es que no me acuerdo.

—¿No te acuerdas de las cosas que te gustan?

—No.

—Pero... ¿Pero cómo es posible?

—Llevo cuatrocientos años siendo un vampiro errante, Taneka. Es difícil para nosotros hacer las cosas que nos gustan si no tenemos un lugar donde hacerlas.

Noté que se cubría los labios con una mano, mirándome con mayor compasión ahora. No me gustaba que me mirara así.

—Mira, Taneka... —empecé, y ella me interrumpió.

—¿La música?

—¿Qué?

—¿Te gusta la música?

—Pues... supongo que sí. Mi sire intentó enseñarme a tocar, pero nunca se me dio muy bien.

—¿Clarinete?

—Es un poco molesto tocar instrumentos de viento cuando no se necesita aliento.

—Ya, claro. Me encanta el clarinete. —Sonrió—. Vamos, averigüemos qué más te gusta, ¿eh?

—Taneka...

—¿La lectura? ¿Te gusta leer?

—Es entretenido.

—¿Tal vez escribir?

—No especialmente.

—¿Bailar? Ronald solía llevarme a bailar antes de casarnos.

—¿Por qué no lo hace ya?

—Porque los dos tenemos trabajo, un vampiro duerme en el desván, y mi marido tiene un libro a medio escribir entre manos.

—Hm, claro. El vampiro es un impedimento.

Sonrió y me puso la mano en el brazo, cariñosamente. Fue un gesto muy agradable por su parte, la verdad. Quería darme a entender que era broma, que desde luego yo no era el motivo por el que no la llevaba a bailar. ¿Todo lo demás? Seguro que sí.

—Vamos, algo tiene que haber —me dijo—. Algo que disfrutes. Piensa en lo que hacías cuando tú... Cuando estabas con tu familia. ¿Qué hacías para pasar el rato?

Fruncí el ceño y traté de recordarlo.

Hasta que lo hice.

—Pintar —se me ocurrió de pronto—. Me gustaba mucho pintar.

—¿De verdad? ¿Cuadros?

—Sí. Mi sire posaba para mí a menudo, y yo la pintaba en mis lienzos. Había muchos de mis cuadros en la casa. Muchos.

Y todos quedaron reducidos a cenizas.

—Ya veo —murmuró Taneka, y luego, sorprendiéndome, me abrazó.

Cuando aquella noche volvieron del trabajo, el matrimonio Littyán llevaba consigo un caballete, diez lienzos y un juego de pinturas.

~ 39 ~

Vampiro Errante
Bonus de: Lazos de Sangre
Por Athalia's
www.athalias.es

Capítulo IX

La salida del errante

—Deja de moverte, Ronald —pedí por enésima vez.

Él dio un respingo y volvió a dejar la mano en el hombro de Taneka, que suspiró pacientemente con una sonrisita traviesa.

—Es difícil esto de posar —comentó el hombre en tono culpable.

—Pues imagínate pintar a los que posan —respondí.

La feliz pareja, sentada en el sofá recubierto con una sedosa sábana rojo borgoña, rió. Ronald permanecía en el brazo del mueble, un poco más alto que su mujer, que, puesta recatadamente a su lado, permanecía ligeramente ladeada.

Vestían con elegancia, la mejor ropa que tenían, porque, dijeron, querían guardar aquella imagen para que sus hijos los vieran en su vejez.

Taneka estaba embarazada de unas pocas semanas. El vestido disimulaba la ligera curvatura de su vientre.

De nuevo la mano de Ronald se movió un poco, y sus dedos jugaron con un par de rizos que se escapaban del moño con que Taneka se recogía la espesa cabellera.

—Ronald... —me quejé.

—Perdón, perdón. ¿Te falta mucho?

—Acabamos de empezar. Ten paciencia.

—Oh, esto es tan aburrido.

—Deja de moverte.

—Te he visto hacer cuadros muy deprisa.

—Paisajes, imágenes que salen de mi imaginación. No retratos. Los retratos necesitan bastante más observación.

Ronald suspiró. Seguramente hubiera preferido estar revisando su manuscrito antes de mandarlo a la editorial de la ciudad, pero también quería aquel retrato.

En realidad era idea de Taneka, que por suerte sí lograba mantenerse quieta.

—¿Qué nombre deberíamos ponerle? —preguntó de pronto la mujer—. ¿Nosuë?

—¿Perdón? —Alcé las cejas, sorprendido.

—¿Nos ayudas con el nombre? Tenemos algunas dudas.

—¿Y queréis que yo os ayude?

Ella sonrió.

—Desde luego —asintió, muy segura.

Parpadeé y los miré a ambos.

El tiempo que había pasado con ellos se alargaba cada vez más. Ya llevaba un año en su casa. Me habían dado todo cuanto tenía: la ropa que llevaba, las pinturas que usaba. Aseguraban que se daban por pagados con mi compañía y los cuadros que decoraban el salón y la habitación.

—Claro —acepté al final, tras unos momentos de duda.

—Si es una niña yo quiero ponerle Rosmerta —explicó Taneka mientras Ronald resoplaba—. Mi marido quiere ponerle Rosalinda. ¿A ti qué te parece?

Que ninguno de los dos nombres me gustaban, pero eso no podía contestarlo.

—¿Se te ocurre un nombre mejor, amigo? —preguntó Ronald.

«Amigo». Últimamente era así como me llamaba... Excepto cuando me llamaba «hermano».

Una vez tuve hermanos. Varios. Pero estaban todos muertos.

—En lo personal, si fuera una niña la llamaría Castia —comenté.

—¡Castia! —exclamó Taneka—. Es bonito. ¿Tiene algún significado?

—Bueno, es el nombre de mi madre biológica.

—¡Perfecto! Entonces será Castia.

—Sólo es mi opinión.

—Y muy acertada. ¿Y si es un niño?

Titubeé. ¿Por qué estaba eligiendo el nombre del futuro hijo de los Littyán? ¿Por qué me daban esa opción?

—Eriol —dije—. Lo oí hace unas décadas en una ciudad lejana y me pareció un

nombre interesante.

—¡Mejor que Rosberto! —exclamó Ronald con una risilla.

—¡Oh, no seas impertinente! —se quejó su mujer, pero sonrió—. Tampoco es que Donasecas esté muy bien.

—Sabes que no era eso lo que quería decir. Don-a-secas. Don a secas. Don. No...
Lo que tú dices.

—Sí, claro... Donasecas.

—¡Taneka!

Ambos se echaron a reír. Era agradable verlos tan tranquilos, tan felices.

Iban a tener un hijo. Niño o niña, daba igual. Era el curso natural de la vida de un humano: nacer, crecer, emparejarse, tener hijos, envejecer y morir.

No lo envidiaba. Algún día, tal vez, yo convertiría a uno de estos humanos en alguien como yo. Mi propio cachorro, en alguna parte, algún tiempo.

Si podía. Si encontraba a la persona adecuada. Porque podía convertir a quien quisiera, como muchos vampiros hacían, pero había sido educado para que fuera especial.

Ritz, mi sire, encontró en mí ese algo especial. Quería tener lo mismo.

—¿Nosuë?

Alcé la cabeza y vi que ya no se reían, sino que me miraban.

—Estaba distraído —me disculpé—. Intento pintar, ¿recordáis?

—Querría hacerte una pregunta —repitió Ronald.

—Adelante.

—¿No te gustaría quedarte con nosotros para siempre?

Fruncí el ceño.

Lo peor del asunto es que sabía que lo decía en serio, con total y completa sinceridad.

—No digas tonterías, Ronald —repliqué con amargura—. Vais a tener un hijo.
¿Cómo le vais a explicar que hay un parásito en el desván?

—¡No eres un parásito! —se quejó Taneka.

—Da igual. Un vampiro. Un invitado perpetuo. Vais a tener este niño, y luego tendréis más, y esos niños tendrán a sus propios hijos. Formaréis una familia que crecerá y envejecerá, y tarde o temprano vosotros también moriréis mientras yo me quedo como estoy y os veo pasar.

—Dijiste que eso era natural para ti —razonó Ronald.

—Sí, es natural. ¿Pero cómo voy a vivir siempre aquí, en vuestra casa? Me niego a ser siempre un invitado.

—¿Y por qué no te haces pintor profesional? —preguntó Taneka.

La miré.

—¿Qué?

—Hazlo. ¿Por qué no? Se nombran muchos pintores excéntricos por el mundo, uno más no llamaría la atención.

—¿Excéntrico como qué?

—Excéntrico como un apodo, costumbres nocturnas, poco dispuesto a recibir visitas y viviendo alejado de la sociedad.

Fruncí el ceño.

—Vamos, ¿por qué no? —insistió la mujer—. Un don artístico que pase de padres a hijos, eso es lo que la gente verá. Pero serás tú, siempre, tras el apodo como pintor. Y la casa, un hogar donde puedas quedarte, donde siempre crean que viven los hijos, nietos y bisnietos de este artista.

—Pero no puedo convertirme en pintor.

—No lo has intentado. ¡Vamos! Ronald y yo tenemos amigos, podemos darte algunos contactos, conseguirte tal vez unas exposiciones para darte a conocer. Sabes que pintas bien, Nosuë, tu arte es exquisito. ¿Por qué no aprovecharlo para ganar dinero y libertad?

Titubeé, mirándolos. Ronald asentía a cada palabra de su esposa.

En aquel momento supe que no era en absoluto una conversación casual. Lo habían hablado a mis espaldas.

Y me encantó.

~ 44 ~

Vampiro Errante
Bonus de: Lazos de Sangre
Por Athalia's
www.athalias.es

===== Epílogo =====

Cinco años después

El terreno era extenso, aunque no rodeado. No estaba seguro de querer un vallado cercando mi nuevo hogar.

Un hogar. La idea era estremecedora y me hacía ronronear de puro placer.

Una de mis acompañantes, una mujer de la edad de Taneka, rió y me apretó levemente el brazo con un deje de sano flirteo. Casi ni la noté.

En aquel momento los Littyán con sus dos hijos, la pequeña Castia y el recién nacido Eriol, el hermano de Ronald y tres amigas de Taneka, todos se habían reunido para comenzar juntos la construcción del que sería nuestra residencia, nuestra vivienda.

Aquel era el principio de mi rebaño.

De mi hogar.

De mi vida.

...

Y de esta manera, con una lánguida sonrisa en los pálidos labios, el vampiro se internó en la noche y desapareció, dejando tras de sí un poco de sí mismo, el conocimiento de una criatura que, lejos de ser la bestia que todos creían, resultó más humana que muchos hombres.

El Vampiro Errante

Por Ronald Littyán